

PÉREZ-REVERTE SE VUELVE GRAFITERO

El escritor recorre el mundo del arte callejero en su nueva novela, 'El francotirador paciente', que acaba de llegar a las librerías

DPA / MADRID

Resulta difícil imaginar al escritor Arturo Pérez-Reverte acompañando a un grupo de grafiteros, aerosol en mano, por los túneles de la madrileña estación de Atocha. Pero aprender a moverse por este «territorio comanche» era clave para su nueva novela, *El francotirador paciente*, que ayer aterrizó en las librerías.

Apenas un año después de *El tango de la Guardia Vieja*, el académico se sumerge en el mundo de esos «escritores de paredes» que a veces se juegan la vida para plasmar su firma en lugares imposibles. Y deja claro que no lo hace con intención de glorificar, sino de entender. «Los grafiteros tienen una planificación casi militar a la hora de organizar sus salidas, son como misiones», indica.

Grafiti y literatura no han sido precisamente una pareja fructífera, y es posible que no existiera aún una novela enmarcada en este singular mundo. Eso, sumado al gusto de Pérez-Reverte por viajar en tren, lo que le ha permitido contemplar muchas de estas pinturas efímeras, a la épica que en-

vuelve a los grafiteros y a una reflexión muy crítica sobre la situación que estamos viviendo, lo lanzó a ponerse manos a la obra.

Así, al igual que hace una década cuando escribió *La reina del Sur*, enmarcada en el mundo del narcotráfico, tuvo que volver a «aplicar viejas tácticas de guerrilla». «Hay que encontrar ese punto medio, no ir de listo ni de colega», y sobre todo hacerlo con la humildad del que se sabe *turista* en esto del arte urbano», explica.

Ahora presume de tener amigos de ese mundo con los que queda a cenar e, incluso, ha conseguido que la palabra grafiti entre en el diccionario de la RAE, pese a los «divertidos» debates por el escándalo de algunos académicos. «¿Cómo van a llamarse escritores!», le decían, pero él responde que técnicamente lo son: «A un grafitero que se ha hecho 500 metros lo lee más gente que a mí».

En *El francotirador paciente* narra la historia de Lex, una especialista en arte urbano con un difícil encargo editorial: seguir la pista de Sniper, un famoso artista promotor de acciones callejeras al

límite de la legalidad y del que casi nadie ha visto su rostro. ¿Un Banksy hecho ficción? Pérez-Reverte reconoce que sí, que hay mucho del artista de Bristol del que apunta que los grafiteros «detestan porque vendió el culo al mercado».

«Si es legal, no es grafiti», reza el credo que el escritor ha oído una y otra vez a lo largo de este año. El arte callejero es otra cosa. Eso sí, «no preguntéis por ideología porque se ofenden». «Pinto, luego existo». Esa es su máxima. No obstante, el escritor se resiste a reconocer que, pese a no plasmar su firma en ninguna pared, sí ha «cogido latas de pintura, pero donde no hacía daño a nadie».

Como el francotirador de su novela, al académico también le gusta disparar afilados dardos. «Tengo el privilegio de tener la vida resuelta, no dependo de caerle bien a Rajoy o del crédito del banco, y eso me permite no estar callado», declara.

Fiel a su fama, tampoco se muerde a la lengua a la hora de criticar la gestión cultural del Ejecutivo. «No tiene perdón de Dios, es una verdadera canallada», señala.

